

Cuadernos del Sur

Número 5



Marzo-Mayo 1987

“SENDERO LUMINOSO”: LUCHA ARMADA Y UTOPIA AUTORITARIA*.

Carlos Iván Degregori

La madrugada del 18 de mayo de 1980, en la comunidad de Chuschi (provincia de Cangallo, Ayacucho), un grupo de jóvenes pretendió impedir el desarrollo del proceso electoral, irrumpió en el local donde se guardaban las ánforas y las quemó en la plaza pública. Su boicot no prosperó porque hacia mediodía nuevas ánforas procedentes de la capital provincial arribaron al pueblo y los chuschinós se apresuraron a sufragar durante toda la tarde. La noticia apareció perdida entre la avalancha de información sobre las primeras elecciones presidenciales realizadas en el Perú en 17 años. Sin embargo, el PC del P. “Sendero Luminoso” reconoció dicho acontecimiento como el inicio de la “guerra popular” que desde entonces desarrolla con violencia creciente en el país.

En líneas generales, podemos distinguir dos grandes etapas en las acciones armadas senderistas. Una primera etapa de avance, que se extiende desde mayo de 1980 hasta fines de 1982. La entrada en combate de las FF.AA. en las navidades de ese año, constituye un punto de inflexión y abre una segunda etapa caracterizada por el desencadenamiento de la llamada “guerra sucia”, la expansión de las acciones senderistas hacia otras áreas del país, mientras que al mismo tiem-

* Esta es la segunda parte de un documento presentado al Seminario “Movimientos Sociales en América Latina”, Universidad de Naciones Unidas - CLACSO., Lima, 26-29 de enero de 1985.

En la primera parte se analizó el contexto histórico regional, el marco institucional y la voluntad política que permiten el surgimiento y desarrollo del PC. del P. “Sendero Luminoso”. Tratamos ahora de explicarnos brevemente las acciones armadas desencadenadas por dicho grupo a partir de 1980. Nos imitamos estrictamente a lo sucedido en la zona de Ayacucho hasta 1984.

po sufría duros reveses en la región ayacuchana, teatro original de la guerra. Es necesario distinguir dentro de la primera etapa un período clave: el segundo semestre de 1982 durante el cual, al tiempo que la “guerra popular” senderista alcanza su apogeo en Ayacucho, empiezan a salir a luz los errores y limitaciones existentes en un avance hasta entonces casi lineal.

¿Por qué avanza Sendero Luminoso, durante los años 80-82?

Mencionemos en primer lugar dos factores que, si bien resultan decisivos, contribuyen de manera importante al avance senderista. Por un lado, las acciones se desencadenan precisamente cuando las FF.AA. se retiran desgastadas después de 12 años de gobierno militar y al parecer ni ellas deseaban hacerse cargo de la represión, ni el gobierno civil de Fernando Belaúnde deseaba encargarles la tarea. Esto deja a SL enfren-tado durante todo ese período únicamente con las Fuerzas Policiales. Por otro lado, resulta imprescindible tomar muy en cuenta el componente de voluntad política mostrado por la dirección de SL, su audacia, su capacidad de organización y de funcionamiento descentralizado, que han sorprendido posiblemente a todos. SL avanza, además, porque en el campo ayacuchano existían en cierto modo las “condiciones objetivas y subjetivas” para ello. Pero queremos precisar que no son exactamente las “condiciones revolucionarias” definidas clásicamente por Lenin, sino más bien las condiciones precisas para la implantación y desarrollo de una propuesta y una estrategia como la de “Sendero Luminoso”. Desarrollemos esta idea.

Las acciones de SL se inician en ambas márgenes del Alto Pampas, que forma justamente el límite entre las provincias de Cangallo y Víctor Fajardo; luego se extienden hacia la cuenca del río Caracha en Víctor Fajardo; hacia el Bajo Pampas, entre la provincia ayacuchana de La Mar y la provincia apurimeña de Andahuaylas; y hacia las alturas ubicadas entre Huanta y La Mar. En la primera parte de este trabajo, hemos mencionado las condiciones de pobreza extrema de esas provincias, especialmente Cangallo y Víctor Fajardo, que a nuestro parecer, y a diferencia de lo que postula Cynthia McClin-

tock (1984), no bastan para entender el éxito senrista en la zona.

La dicotomía puna-valle propuesta por Favre (1984), según la cual los campesinos de las zonas bajas apoyarían a SL mientras que los de las alturas estarían en su contra, nos parece también demasiado parcial, pues tanto las punas como los valles son a estas alturas bastante heterogéneos. Una cosa es Huancasancos, por ejemplo, comunidad de altura ganadera y rica; otra es Uchuraccay, también en las punas pero extremadamente pobre. En Huancasancos hay campesinos ricos, laneros, hay escuelas y colegio secundario, hay hijos del pueblo que han estudiado en la UNSCH... y en una época Huancasancos llega a ser zona semiliaberada. Igualmente, en cierto período SL tiene éxito en el valle de Huanta, pero no en el de Huamanga.

Ensayaremos, por tanto, una explicación que nos parece más cabal. Tanto el Alto Pampas y el Ccaracha, como las alturas ubicadas entre Huanta y La Mar, son justamente las zonas de mayor densidad comunal en Ayacucho (Urrutia, 1981). Pareciera que SL hubiera acertado en su estrategia, si se tiene en cuenta que según las posiciones desarrolladas entonces por la izquierda peruana y también de acuerdo con antropólogos especialistas en el tema, comunidades campesinas como las allí existentes, relativamente alejadas de haciendas, podrían ser uno de los principales motores de una "guerra popular": campesinos "libres" de zonas periféricas o "campesinos tácticamente móviles" como los denomina Wolf (1972, p. 396). Pero más que por ser zonas de comunidades, o además de ello, las acciones se inician allí porque al ser zonas comuneras son zonas de escuelas, ya que las comunidades son las que más han reclamado y conseguido la apertura de centros educacionales y son, por consiguiente, las zonas rurales con mayor proporción de estudiantes y maestros, estratos originarios del senderismo ayacuchano.

Pero a pesar de la existencia de escuelas, en muchos casos de implantación reciente, son comunidades con poca tradición de organización moderna, cuya población adulta no ha pasado en su gran mayoría por los grandes movimientos de tomas de tierras de los años 60 y 70, ni por los grandes movimientos de organización gremial en la CCP y la CNA durante los años 70. A pesar de sus limitaciones, estos procesos proporcionaron una nueva perspectiva que sacó a las co-

munidades de sus estrechos linderos, las llevó a desarrollar nuevos niveles de organización democrática: asambleas, elecciones con voto universal, etc. y les proporcionó una mayor apertura hacia la escena política nacional. Por ejemplo, las delegaciones de Ayacucho que asisten al V Congreso Nacional de la CCP realizado en 1978 en la comunidad de Chacán (Anta, Cuzco), posiblemente el evento campesino más grande y espectacular realizado en el Perú actual, son muy pocas. La única importante es la Federación de Campesinos del río Apurímac (FECVRA) y algunas pequeñas federaciones y comunidades dispersas influenciadas por la UDP, pero prácticamente ninguna de la zona del Pampas y el Caracha. Estas son, pues, comunidades muy encerradas en sí mismas y, además, reticentes al Estado. Tanto la Zona de Huanta-La Mar como la zona de Congallo—Víctor Fajardo tienen una antigua tradición de lucha antiestatal expresada, por ejemplo, a través de los llamados “movimientos fiscales”, desde por los menos fines del siglo pasado cuando los campesinos iquichanos se levantan contra la elevación del impuesto a la sal (ver Husson, 1983), hasta los movimiento de La Mar en la década de 1920 (ver, por ejemplo, Kapsoli, 1984). Incluso en 1979, campesinos de Mollepata, en el distrito de Cangallo, expulsan a la policía y se niegan a aceptar un puesto policial en su localidad. Asimismo, en Vilcashuamán y sus anexos Pomacocha, Chanen y Chito, escenario del único movimiento campesino de envergadura en la zona durante la década de 1960, los campesinos se negaron persistentemente a la instalación de un puesto policial en el distrito.

Era factible, por consiguiente, que Sendero Luminoso asaltara los puesto policiales diseminados por la región durante 1981 y 1982, con cierto beneplácito o al menos neutralidad campesina. Pero el rechazo a la cara represiva del Estado no se hacía extensivo a otros aspectos estatales como la escuela o los registros públicos. Finalmente, no existía tampoco un rechazo al mercado. Todo esto saldrá a luz hacia fines de 1982, cuando comiencen a hacerse visible los límites del avance senderista.

¿Cómo llega Sendero a esas comunidades? No como el resto de la izquierda, por más errores de iluminismo que ésta haya tenido durante la década pasada. Su llegada es distinta y se inscribe netamente dentro del aspecto autoritario de la

tradición andina. SL aparece realmente como un nuevo terrateniente bueno, casi una especie de Inkarrí que llega *desde arriba* a imponer un nuevo orden o restaurar, quizá, otro antiguo, más justo pero no necesariamente democrático.

Tomemos un caso que parece ser típico. Un testigo relata:

“En el 82 aparecen más o menos en agosto; han venido trayendo cinco abigeos, cinco me parece, cinco abigeos que según ellos eran personas que habían hecho sufrir a los comuneros, robaban su ganado, y así. Entonces llegan con cinco abigeos, a cuatro los azotan, con cincuenta golpes en la espalda, y al quinto lo asesinan, porque éste es un perro que ya no tiene cara para seguir viviendo y pam. .”

Con esta medida se ganan de un solo golpe la simpatía de buena parte de la población. Los “ajusticiamientos” comienzan antes, en bolsones del Bajo Pampas y Huanta, donde todavía sobrevivían algunos rezagos terratenientes. En realidad, ya no quedan para entonces grandes hacendados sino pequeños terratenientes, comerciantes intermediarios y gamonalillos sin mayor poder económico o político, pero altamente perjudiciales para el campesinado, y que SL equipara a los “shensis malvados” de la revolución china. A principios de 1982 SL ajusticia al terrateniente del fundo Ayzarca y la medida tiene gran acogida entre el campesinado. A partir de entonces los ajusticiamientos de estos personajes se multiplican y crece la adhesión a SL. Poco después la escena se traslada a las comunidades del Alto Pampas, de donde proviene el anterior testimonio. Allí las víctimas no son ya terratenientes sino abigeos y elementos delincuenciales que viven a costa del campesinado¹, así como malas autoridades.

Casi sin solución de continuidad, la estrategia del castigo se extiende del campo económico y político al moral. SL comienza a implantar un nuevo orden social y a azotar o cortar el pelo a todo aquel que trasgrese las normas de la familia monogámica, bebe demasiado alcohol, etc. En algunas comunidades del Pampas llegan incluso a prohibir el *vida michiq*, tradicionales encuentros de adolescentes para cantar, bailar y buscar pareja. (Sobre el *vida michiq* ver Roncalla, 1977).

SL gana así la adhesión de la gente: “ah, porque ahora nadie nos va a robar. ah, porque si mi esposo me saca la

vuelta, le aviso a los compañeros. .”. Esta estrategia va a tener posteriormente consecuencias imprevistas y explosivas, pero en un primer momento su éxito es notorio.

Por otra parte, luego del asalto al CRAS (Cárcel) de Huamanga y la fuga de casi un centenar de senderistas presos en marzo de 1982, surge una especie de sentimiento regionalista entre los ayacuchanos urbanos, hartos del secular abandono del gobierno central. El multitudinario entierro de la joven jefa guerrillera Edith Lagos, a mediados de ese año, marcó el momento más alto de apoyo urbano a SL.

El fin de la utopía.

Es durante la segunda mitad de 1982 que el tiempo político se acelera en la región. Para entonces, Sendero Luminoso ha desalojado a la policía de amplias zonas rurales, empujándola hacia los pueblos más grandes y las capitales provinciales. Alcaldes, jueces y otros representantes del Estado han sido obligados a renunciar o huir, cuando no han sido ajusticiados. En varios lugares, SL comienza a conformar “Comités Populares” que se encargan del gobierno comunal. No son estrictamente zonas liberadas en el sentido clásico maoísta, pero están cerca de serlo; son algo más que bases de apoyo, “zonas rojas” donde SL vuelve a imperar de manera absoluta —como antes en el Frente de Defensa, de la Universidad o el Guamán Poma— y donde, al iniciarse el año agrícola 82-83, se apresta a organizar la producción. Es entonces que SL decreta el “levantamiento de las cosechas”, copiando el nombre de un episodio de la guerra de liberación en China, y pretende, además, comenzar a “cercar la ciudades desde el campo”, específicamente Huamanga, durante la temporada de lluvias que se inicia a fines de 1982. Nuevamente el partido lo dirige todo, pero esta vez a una escala pocos años antes impensada. Y una vez más, es entonces, en pleno apogeo, que comienzan a aflorar sus deficiencias y a mostrarse los límites del su avance.

Ya desde sus inicios, la implantación de SL en el campo tiene fragilidad al basarse demasiado en estudiantes y maestros, y no tanto en los propios campesinos. Esta debilidad se agrava cuando SL desconoce buena parte de las organizaciones tradicionales de las comunidades y las reemplaza por Comités Populares conformados por representantes de

organismos previamente conformados por el propio partido: Movimiento de Obreros, Trabajadores y Campesinos (MOTC), movimiento juvenil, femenino e intelectual. Esta concepción, que pronto revelará sus grandes debilidades, tiene que ver con la antigua tesis senderista de "reconstitución desde sus cimientos" de las organizaciones gremiales, basada a su vez en la tradición de exacerbado iluminismo que hace del partido y el ejército las formas exclusivas y casi únicas de organización. También desde esta tradición se explica la táctica de "batir al campo", es decir, "limpiarlo" de cualquier elemento que no sea SL y el campesinado, para a partir de allí construir la nueva sociedad a imagen y semejanza de su utopía partidaria. Con este objetivo, y dados los éxitos de los primeros ajusticiamientos, comienzan a buscar "*shensis* malvados" allí donde ya no los había, profundizado diferencias reales entre campesinos ricos y pobres. El frágil equilibrio comunal, construido a partir de múltiples vínculos parentesco, compadrazgo y de participación en instituciones cívicas y religiosas (sistemas de cargo, hermandades, cofradías, etc.) que atraviesan las diferentes capas sociales existentes en las comunidades, colapsa en muchas partes rápidamente.

Es con estas debilidades, producto de su estrategia, que SL se lanza a "levantar las cosechas", a cercar Huamanga y a organizar la producción en amplias zonas, especialmente de Víctor Fajardo y Cangallo. El énfasis está puesto en los trabajos colectivos, no sólo a nivel comunal sino en escalas mucho mayores, que hacen recordar de alguna manera las antiguas formas prehispánicas de producción en gran escala con *mitayos*. Así, por ejemplo, centenares de campesinos de Cangallo convergen sobre Allpachaca, la antigua hacienda experimental de la Universidad saqueada poco antes por Sendero, para cultivar colectivamente sus tierras. Relatos similares sobre grandes trabajos colectivos en los fundos abandonados del Bajo Pampas se multiplican hacia fines de 1982. En todos los relatos, los participantes aparecen tomando parte al menos parcialmente de manera voluntaria e incluso con entusiasmo.

No sabemos si este renacer del colectivismo tuvo igual aceptación en todas partes, pero los problemas surgen cuando SL pretende regresar a una economía más autárquica, bloqueando carreteras, amenazando con cerrar ferias o cerrán-

dolas, e incluso tratando en otros casos de restringir las extensiones sembradas. En otros artículos (Degregori y Urrutia, 1933), hemos sostenido que esto tenía que ver con una utopía autárquica de SL. Ahora nos parece más bien que la raíz de estas acciones está en la concepción de guerra popular clásica que manejan y que los lleva a tratar de crear áreas inaccesibles, buscando casi ingenuamente cerrarle el paso al Ejército a través del bloqueo de carreteras, por ejemplo. El discurso autárquico surge como una necesidad dentro de una estrategia militar que les exige cerrar caminos (y, por consiguientes, ferias) en un momento en que la represión, todavía policial, se intensifica y en que hay que defender, aislándolas, las "zonas rojas".

Lo cierto es que el malestar campesino se extiende a partir de estas medidas en los sitios más disímiles. Es cuando cierran la feria de Lirio (Huanta), que lo iquichanos, campesinos pobres y de relativamente poco desarrollo mercantil, se rebelan contra SL². En el otro extremo, geográfico y social, los campesinos ricos de Huancasancos se rebelan también, entre otras causas, cuando SL pretende paralizar la construcción de la carretera hacia Lucanas y la costa "porque por allí podría subir más fácilmente la represión".

El andamiaje senderista comienza pues a crujir a nivel económico y se desploma en el plano militar con la entrada de las FFAA en el escenario de la guerra, a fines de diciembre de 1982. El efecto, la estrategia de SL de replegar sus cuadros militares al llegar el Ejército, provoca una decepción generalizada entre la población campesina. De muchas partes se recogen testimonios como el siguiente:

"Por qué no nos cuidan, nos han metido en este problema y no nos cuidan; deben cuidarnos, deben defendernos. ¿Cómo nos han dicho que ellos iban a luchar primero y nosotros íbamos a ir detrás? ¿Dónde están? Acá no se ve la presencia de ellos, ellos nos meten en este lío y se quitán, no puede ser!"

Poco después, en varias zonas rojas, comienzan a aparecer banderas blancas.

Complementariamente, fracasa el cerco físico de la ciudad de Huamanga durante la temporada de lluvias 82-83: los puentes destruidos son repuestos por el Ejército, las carrete-

ras cerradas van poco a poco reabriéndose. Finalmente, dentro de la ciudad misma, el apoyo a SL decrece ya desde fines de 1982 cuando los atentados contra el alcalde, el director de la filial del Instituto Nacional de Cultura y otros, crean un clima de inseguridad especialmente entre los sectores medios y agudizan la represión en la ciudad que repudia, por otra parte, el saqueo, la voladura de tractores y la destrucción de valiosos laboratorios en los fondos experimentales universitarios de Allpachaca y Huayllampa.

Al parecer, la estrategia de Sendero era doble. Buscaba, por un lado, “comprometer” comunidades enteras a partir de la inclusión en sus filas de algunos de sus miembros, los cuales arrastrarían la solidaridad del resto, voluntaria o impuesta por la represión que no distinguiría entre senderistas y familiares. Este procedimiento tendría, al parecer, antecedentes, tanto en la “Campana de la Breña” desarrollada por Andrés Avelino Cáceres durante la guerra del Pacífico (1879-1883), como en la guerra de liberación de Vietnam. Pero, en este caso, el “compromiso” fracasa por que el Ejército es capaz de “comprometer” más efectivamente que SL, por su mayor capacidad represiva y económica. Si de “señores” se trata, el campesinado opta con frecuencia por ponerse a la sombra del señor más poderoso.

Por otra parte, SL esperaba que la represión militar generara tal descontento y odio entre la población, que ésta se volcaría masivamente hacia SL que podría entonces regresar victorioso a las zonas de las cuales se replegaba temporalmente. En realidad, la “guerra sucia” ha producido ciertamente ingentes cantidades de odio, pero sobre todo un gran cansancio frente a ambos bandos y a la guerra en general. Por otro lado, ha desatado una serie de conflictos y acontecimientos impensados, que han escapado de las manos de los actores centrales, produciendo gran confusión y desencadenando un clima de violencia y brutalidad infinita, que pocos en el Perú de 1980 podían haber previsto.

1983: una sangrienta caja de pandora

Sometido a una insoportable presión contradictoria por parte de la FFAA y SL, el campo ayacuchano explota a partir de 1983 en una serie de conflictos no previstos.

Por un lado, se agudizan las rivalidades intracomunales.

La posibilidad de acusar y castigar el adúltero o al que abusa del alcohol, degenera en enfrentamientos entre familias, muchas veces largamente contrapuestas por infinidad de problemas. Afloran entonces las peores facetas de la ideología campesina: acusar a un vecino de "soplón" ante los senderistas, o de senderista ante las FFAA, puede llevar a su eliminación física y abrir la posibilidad de apoderarse de sus escasos o muchos bienes, por ejemplo.

La figura se repite a nivel mayor, exacerbándose los enfrentamientos intercomunales. Estos pueden tomar a veces la figura que enfatiza Favre (1984), con la capital adherida a SL y los anexos enfrentados a éste; pero también puede suceder exactamente lo contrario, como es el caso de Huahuaquiu (Cangallo); o la figura puede ser todavía más compleja como en Chuschi (Cangallo), donde la capital se adhiere más o menos entusiastamente a SL a fines de 1982, pero nunca como el vecino anexo Quispillacta, donde la implantación senderista resulta más profunda, mientras un tercer anexo, la comunidad de Canchacancha, nunca vió con buenos ojos a SL y estuvo entre las primeras en anarbolar banderas blancas en la zona. Hemos intentado explicar este caso rastreando diferentes variables, pero ninguna funciona cabalmente: en los tres lugares hay escuelas y maestros; los tres se ubican más o menos a igual altitud, por lo cual no funciona la oposición puna-valle; los tres tiene un nivel económico similar y similar grado de integración al mercado. Quizá la realidad ayacuchana sea demasiado fragmentada como para aventurar generalizaciones; pero existe una variable que puede darnos pistas y es la configuración étnica de la región.

Dijimos al principio que las zonas del Pampas y del Cca-racha, y en general las cinco provincias del norte de Ayacucho, constituían una zona de gran diversidad étnica desde el s. XV. Chischi, por ejemplo, estaba poblada en el momento de la Conquista por mitimaes Antas Orejones provenientes del Cusco, mientras que al lado se asentaban los Quispillactas, también del Cusco, que dieron nombre a la comunidad vecina. Ambas comunidades han estado secularmente enfrentadas por problemas limítrofes y en sus alegatos han mostrado documentos donde indican que están allí desde la época del emperador Hauyna Cápac. En este caso, el enfrentamiento no se exacerbó; por el contrario, durante el brevísimo lapso de su hegemonía, la administración senderista trató

de solucionar definitivamente los problemas limítrofes. Distinto fue el caso de la cuenca del Caracha, donde los enfrentamientos sangrientos y sucesivos entre Huancasancos y Lucanamarca llegaron varias veces durante 1983 a las primeras páginas de los diarios por su ferocidad. En Huancasancos, fueron ubicados hace cinco siglos mitimaes huancas de la zona del valle del Mantaro; Lucanamarca fue poblada en esa misma época por Lucanas o Rucanas. Ambas Comunidades se encuentran secularmente enfrentadas, al parecer desde antes de la llegada de los españoles, según señalan John Earls e Irene Silverblatt (1979).

Si en algunos casos se exacerban los conflictos interétnicos, en otros son las viejas coaliciones étnicas las que parecen, aún cuando efímeramente, revivir. Es el caso de los iquichanos de las alturas de Huanta. Pocos días antes de la masacre de periodistas en Uchuraccay, una gran asamblea de las comunidades que antiguamente conformaron la etnia iquichana: Uchuraccay, Huaychao, San José de Secce, Culluchaca, entre otras, había decidido expulsar de la zona a SL.

Finalmente, atrapadas entre dos fuejos, agotadas, desangradas, despobladas, las comunidades han optado en muchos casos por replegarse sobre sí mismas, enconcharse, aumentando así su cohesión interna, pero perdiendo toda perspectiva regional o nacional. SL encendió pues la chispa en una pradera a todas luces reseca, pero llena de ocultos avisperos.

1984: "montoneras" y cataclismo regional

En esta situación, ya de por sí extrema, una nueva desgracia se abate sobre la población rural ayacuchana a partir de 1984. En efecto, una vez que restauran a sangre y fuego la presencia estatal en buena parte del campo ayacuchano, las FFAA pasan a una segunda parte de su estrategia contra-insurgente al crear en un número creciente de comunidades y centros poblados de sierra y selva los "Comités de Defensa Civil" o "montoneras", llamados "mesnadas" por SL. La creación de montoneras está precedida por la centralización de pequeñas poblaciones, o de campesinos que vivían dispersos, en un solo centro poblado convertido en una mezcla de campamento militar y campo de concentración. Se trata, en cierta forma, de reproducir en los Andes las "aldeas estratégicas" creadas por los norteamericanos en Vietnam.

Pero esa práctica tiene antecedentes en nuestra propia historia, en la estrategia desarrollada por el Virrey Toledo durante la segunda mitad del s. XVI, para el mejor control de la población aborigen. Las FFAA reeditan en Ayacucho, en pleno siglo XX, las “reducciones” toledanas con una gran diferencia: que esta vez, aparte de lo que significan como opresión y violación de derechos humanos de las poblaciones afectadas, no resultan en absoluto viables económicamente. La “reducción” de campesinos en aldeas estratégicas esta acabando de arruinar la economía regional, especialmente en la selva, donde la naturaleza de los cultivos exige un patrón disperso de población.

Estos campesinos así “reducidos” son precariamente armados con piedras y palos, superficialmente entrenados y enviados a combatir contra SL, entendiéndose como senderista muchas veces simplemente a aquellos individuos o centros poblados que no aceptaron o no llegaron todavía a nuclearse en alguna aldea estratégicas. Las montoneras sancionan la fragmentación del campo ayacuchano y nos enfrentan con la triste realidad de campesinos brutalmente enfrentados entre sí (ver al respecto, Gonzáles, 1985). Peor aún, sin posibilidades de desarrollar sus labores agropecuarias y especialmente cultivar la tierra, las “montoneras” degeneran en bandas paramilitares que asolan el campo o se enfrentan entre sí, según testigos muchas veces con el beneplácito o la complicidad de las fuerzas militares. Las “montoneras” marcan así la descomposición final del campesinado ayacuchano, que tardará muchísimo en recuperarse de este verdadero cataclismo.

Paralelamente se multiplican los hallazgos de fosas comunes que según diversos órganos de prensa y organismos de Derechos Humanos, son producto de fusilamientos sumarios a cargo de las FFAA.

En estas circunstancias SL se repliega al parecer en desorden hacia la selva del río Apurímac, donde lo esperan también las “reducciones”, las “mesnadas” y los *yana umas* (cabezas negras) como ellos llaman a los campesinos enrolados en los Comités de defensa Civil, la mayor parte de las veces por la fuerza y sin alternativa posible. La respuesta de SL es desesperada y brutal: acuchillamientos, degüellos y mutilación de “montoneros” que ensangrientan todavía más y sin ninguna perspectiva el campo ayacuchano, atrapado entre las fosas comunes y los degüellos de los contricantes en-

frentados en esta, con razón, llamada “guerra sucia”.

Pero al tiempo que recibe fuertes golpes en Ayacucho, SL logra expandir sus acciones fuera de la zona inicialmente declarada en estado de emergencia. El análisis de la expansión de la violencia a otras zonas del país escapa a los límites del presente trabajo. Podemos, sin embargo, aventurar la hipótesis siguiente: son otras historias regionales, otros contextos sociales y otra implantación —más reciente y superficial— de SL en esas zonas. Consideramos por tanto difícil —más aún con las FFAA en acción— la reproducción de situaciones similares a las que vivió el campo ayacuchano durante el apogeo de la utopía autoritaria senderista hacia fines de 1982.

Conclusiones

1. La lucha armada desencadenada por SL a partir de 1980, si bien muestra la altísima voluntad política de su dirección, el potencial de reclutamiento de cuadros para tales acciones y los amplios flancos que ofrece el Estado burgués, revela, tras más de cuatro años y especialmente a partir de 1983, la inviabilidad en el Perú de una estrategia victoriosa de “guerra popular” semejante a la desarrollada en China.

2. Existen, sin embargo, altas probabilidades de que, una vez más, SL convierta una derrota a nivel de masas en fortalecimiento ideológico (aunque lo duro puede resultar a veces más fácil de quebrar) mostrado en diferentes reportajes por los presos senderistas reclusos en diferentes establecimientos penales. Sus reglas internas: rechazo del venustero porque “desvía de la preocupación principal que es la guerra”, revisión de cartas de familiares para evitar la filtración de ideas derrotistas, reducción de raciones para los mayores y repartición de ese excedente entre los más jóvenes “porque son más útiles para la guerra”, castigos corporales a quienes no se comporten dentro de las normas establecidas por el grupo, confianza sin fisuras en la “jefatura única” del presidente Gonzalo; son signos exteriores de esta evolución que coloca a SL —dicho esto sin ningún ánimo peyorativo sino estrictamente científico— a nivel de fenómenos como los que tuvieron o tiene lugar en el Irán de los Ayatollahs, la Kampuchea de los Khmer Rouge, algunos movimiento anarquistas

mediterráneos o la respuesta de algunos grupos étnicos preclasistas frente al avance destructor del capitalismo.

3. Es posible, además que el mensaje autoritario de SL y su gran voluntad política le permitan reproducir una cierta base social a nivel nacional, entre la franja relativamente estrecha pero explosiva constituida por sectores juveniles empobrecidos, especialmente de origen andino, que no encuentran lugar en el país en medio de la crisis y sus efectos corrosivos.

4. Pero existen límites a nuestro parecer infranqueables para la expansión significativa de SL más allá de esa franja, al menos en las actuales condiciones del país. Por un lado, la tradicional estrechez de sus alianzas se ve agudizada por un balance, desde nuestro punto de vista erróneo del fracado de la Revolución Cultural China dirigida por el "grupo de Shanghai" o "Banda de los cuatro". Según dicho balance, el gran error de Mao fue plantearse un gobierno de cuatro clases, incluyendo a la burguesía nacional. El intento de rectificar ese error lleva a SL a proponer un "gobierno de obreros y campesinos", fórmula que se asemeja curiosamente a la del trotskismo clásico.

Esta estrechez de alianzas, unida al vanguardismo exacerbado que *necesita* que el partido lo dirija todo, marca los límites de SL para extenderse hacia otros sectores. A ello contribuye también la ubicación social de su liderazgo, situado en un extremo del espectro social, demasiado provinciano y pre-capitalista para la complejidad del país.

Pero el límite más grave para la expansión de SL radica en que éste lanza con coherencia total lo que sería en términos de Gramsci una "estrategia de asalto frontal" al poder, justamente cuando la sociedad civil en el Perú se fortalece y, sorprendentemente, en vez de polarizarse con la crisis, corre relativamente hacia el centro-izquierda del espectro político. Son índices de este fortalecimiento de la sociedad civil la infinidad de organizaciones obreras, campesinas, barriales, populares, juveniles, femeninas; el funcionamiento de colegios profesionales, órganos periodísticos y partidos políticos; el fortalecimiento de una opinión pública a nivel nacional, etc. Es el desarrollo masivo de este tejido organizativo, especialmente en los últimos 10 o 15 años, y no el Estado incapaz y represivo, el que pone el límite central y al menos por ahora infranqueable, a la estrategia de SL. Y son esta socie-

dad civil y sus representaciones políticas democráticas, las que pueden encontrar una alternativa de reconstrucción nacional y democracia, frente a la violencia que desangra Ayacucho y amenaza engullir todo el país.

- Degregori, Carlos Iván. 1983. "Reflexiones sobre ocho muertes peruanas", *El Diario*, Lima, Febrero 14, p. 11.
- Earls, John e Irene Silverblatt. 1979. "Ayllus y etnías en la región Pampas-Qaracha. El impacto del imperio incaico", *Investigaciones UNSCH*, tomo II, Ayacucho.
- Favre, Henri. 1984. "Perú: Sendero Luminoso y horizontes oscuros", *Qué Hacer*, Nro. 31, octubre, pp. 25-34.
- González, Raúl. 1985. "Ayacucho: el desfile de la violencia", *Qué Hacer*, Nro. 33, febrero, pp. 34-49.
- Husson, Patric. 1983. *Guerre indienne et revolte du sel dans la province de Huanta (Department de Ayacucho, Perú) au XIX siècle*, Université de Paris IV, Francia.
- Kapsoli, Wilfredo. 1984. *Ayllus del sol: Anarquismo y Utopía Andina*, Ed. Tarea, Lima.
- McClintock, Cynthia. 1984. "Why peasants rebel: The case of Peru's Sendero Luminoso", *World Politics*, vol. XXXVII, Nro. 1, octubre, pp. 48-84.
- Roncalla, Fredy. 1972. "Chuschi, las canciones y la vida", *Runa*, Revista del INC, Nro. 1, Lima, marzo, pp. 9.
- Urrutia, Jaime. 1981. "Evolución de las comunidades en la región de Huamanga", *Ideología*, Nro. 7, Ayacucho, pp. 49-58.
- Wolf, Eric. 1972. *Las luchas campesinas del siglo XX*, Siglo XXI, México.

